

Zeruya Shalev

Lo que queda de nuestras vidas

Traducción del hebreo
de Gerardo Lewin

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Ya'ar

Uno

¿Era acaso que el cuarto había aumentado su tamaño o por el contrario era ella la que había encogido? En todo caso se trataba de la habitación más pequeña de ese minúsculo apartamento y ahora que yacía en la cama de la mañana hasta la noche le parecía que sus dimensiones se habían agigantado: llegar hasta la ventana habría requerido de ella dar cientos de pasos, decenas de horas, y quién sabe si le alcanzaría la vida para lograrlo. Lo que le quedaba de vida, conviene aclarar; los restos últimos de la porción del tiempo que le había sido otorgado y que para colmo de absurdos parecía, en su prolongada inmovilidad, eterno. Es verdad que su cuerpo había adelgazado y empequeñecido, que se había vuelto liviana como un fantasma, que cualquier brisa habría podido arrancarla de su lecho y que solo el peso de la manta le impedía flotar en el aire del cuarto, que cualquier soplo habría podido cortar las últimas hebras del hilo que la sujetaba a la vida... Pero quién soplaría, quién se tomaría el trabajo de soplar hacia donde ella estaba.

Sí: aún yacerá aquí, bajo su pesada manta, por los años de los años. Verá a sus hijos envejecer y a sus nietos transformarse en hombres. Sí: era amarga la indiferencia con que la condenaban a la vida eterna, pues tenía la súbita sensación de que hasta para morir es necesario algún esfuerzo, cierta fuerza de voluntad por parte del muerto en ciernes o de su entorno; se requiere una atención personal, la ansiedad de las personas que lo rodean, como si se tratara de los preparativos para una fiesta de cumpleaños. Hasta para morir hace falta una dosis de amor y ya nadie la ama lo suficiente ni ella ama ya a nadie hasta tal punto.

No es que nadie la visite. Casi todos los días aparece alguien en su apartamento, se sienta frente a ella en el sillón para, en apariencia, interesarse por su salud. Pero ella percibe la conocida desazón, se

percata de las miradas furtivas al reloj, del modo en que suspiran aliviados cuando sus teléfonos suenan. De un segundo al siguiente sus voces cambian, se vuelven enérgicas y vivaces, dejan oír risas roncadas, estoy en lo de mamá, le anuncian al interlocutor con un gesto de histriónica piedad, te llamo en cuanto salga, para volver a ella con esa atención hueca con la que se dignan preguntarle acerca de algo sin escuchar siquiera sus respuestas en tanto que ella les devuelve contestaciones larguísimas, les refiere hasta el más ínfimo detalle de lo que dijo el médico y recita el nombre de todos sus medicamentos ante sus miradas vidriosas. Quién de nosotros aborrece más a quién: yo a ellos o ellos a mí, se pregunta convirtiéndolos a ambos en una única cosa, a sus dos hijos que a pesar de ser tan diferentes uno del otro habían logrado, solo últimamente, unirse frente a ella, la madre anciana que yace de la mañana a la noche en la cama de su cuarto minúsculo, inmune a la fuerza de la gravedad.

El cuarto es cuadrado y está repleto de objetos. Su única ventana apunta a la aldea árabe. En la pared del norte hay un viejo escritorio y en la opuesta un armario donde guarda aquellas coloridas ropas que ya no volverá a usar. Desde siempre, un tanto avergonzada, se ha sentido atraída por los colores fuertes, se ha desentendido de las modas: camisas tipo túnicas, amplias y largas, vestidos ajustados en la cintura, faldas con tablas... Jamás supo con certeza qué le sentaba mejor y ya nunca lo sabrá. Su mirada se dirige a la mesa redonda para café que su hija la había forzado a comprar hacía muchos años, ahogada en amargo llanto a pesar de que ya era una joven adulta, vosotros me obligasteis a mudarme a ese piso horrible y encima me disteis el cuarto más pequeño, así que por lo menos podríais comprarme muebles que me gusten. Deja ya de llorar, le gritó y todo el mundo se dio la vuelta para mirarla, así que tuvo que dar su brazo a torcer, por supuesto, entre ambas tuvieron que cargar escaleras arriba la mesa, que se reveló como especialmente pesada, hasta aquella habitación que en ese momento era la de su hija. La colocaron en el centro, desde donde hacía más evidente, con la novedad de su elegante lujo, la miseria de los otros muebles.

Ahora le había tocado el turno a ella, la mesa, de envejecer: los años que habían pasado la habían oscurecido, pero las cajas de medicamentos impedían ver la pesada madera de roble. Las medicinas que le habían curado la inflamación pero que le causaron alergia, las píldoras contra la alergia, los comprimidos para regularizar el pulso, los analgésicos, los remedios para la tensión que la habían

debilitado tanto, hasta el punto de haberle ocasionado aquella caída en la que se fracturó y que le dificultó desde entonces el caminar. Por momentos desea amontonarlas en una colorida pila sobre la cama, clasificarlas de acuerdo a sus tintes y construir con ellas una casita con un tejado rojo, paredes blancas, verde césped, un padre, una madre y sus dos niños.

Qué fue todo esto, se pregunta. Ya no el porqué de lo que pasó o el sentido que tuvo todo, sino qué fue, en definitiva, cómo fue la progresión de los días que la llevaron hasta ese cuarto, hasta esa cama, cuál fue el contenido de esas decenas de miles de días que treparon por su cuerpo como hormigas al tronco de un árbol. Debería recordar, pero ya no recuerda. Incluso si se esforzara, si reuniese todos sus recuerdos como si se trataran de viejas notas y las pegara una junto a la otra, solo alcanzaría a vislumbrar algunas semanas. Dónde está el resto, todos sus años: aquello que olvide ya nunca existirá y quizá jamás sucedió en realidad.

Como después de un naufragio, debe ocuparse ahora, en sus últimos días, de luchar contra el olvido, de conservar el recuerdo de los que se han ido. Al mirar por la ventana le parece que allí la espera el lago que había agonizado frente a sus ojos, el brumoso lago y las blandas marismas que lo rodeaban, neblinosas y pobladas de cañaverales cuya altura era capaz de ocultar a un hombre de pie y desde los que irrumpían, con un emocionante aleteo, bandadas de aves migratorias. Allí estaba su lago, en el corazón de su valle, el que yace a los pies del Hermón y llega hasta los montes de Galilea, sujeto con garfios de lava cristalizada... Si solo pudiera levantarse de la cama y alcanzar la ventana, podría verlo nuevamente. Intenta incorporarse, medir con los ojos la distancia. Su mirada vaga entre la ventana y sus doloridas piernas. Desde aquella caída siente que caminar es como un vuelo arriesgado, pero el lago está allí esperando que ella lo mire, doliente como ella misma. «Ponte de pie, Hemda'le¹», oye a su padre azuzándola: otro paso, otro pasito más.

Ella había sido el primer bebé nacido en el kibutz, objeto de las miradas generales cuando daba sus primeros pasos en el salón comedor comunitario. Daba la sensación de que toda la nostalgia por los hermanos menores abandonados en los países de origen,

¹ Hemda es el nombre de la protagonista. Su significado es «deseable, agradable». También significa «pasión, deseo». *Hemda'le* es una forma afectuosa de diminutivo. (*Todas las notas son del traductor.*)

por sus propias infancias cercenadas por una impiadosa ideología; todo el amor por los padres a quienes no habían vuelto a ver desde el momento en que decidieron marcharse, algunos con ira y algunos con el corazón roto; todas esas emociones se congregaron allí, en ese salón apenas hacía poco construido. La contemplaban con ojos brillantes, la azuzaban a caminar para satisfacerlos a ellos, a sus ancianos padres, a sus hermanos que entretanto ya habían crecido y en pocos años más serían exterminados. Atemorizada aunque deseosa de complacerlos, ella se alzaba sobre sus piecitos temblorosos cogida de la mano de su padre. Acaso ya entonces despedían sus dedos olor a pescado o quizá fue después, cuando se mudaron al nuevo kibutz junto al lago y las marismas, el kibutz que había sido fundado para secar el lago y las marismas, y ella extiende un vacilante pie hacia delante en el instante mismo en que su padre la suelta y todos los presentes la ovacionan y aplauden en su honor con un pavoroso escándalo, y ella cae hacia atrás y rompe a llorar bajo la celeste y obstinada mirada de su padre, quien la alienta a incorporarse e intentarlo nuevamente, a demostrarles a todos que ella era capaz de superar la caída, solo un pasito más, pero ella se ha quedado de espaldas sabiendo que no podría ofrecerle aquel obsequio y que jamás su padre la perdonaría por eso.

A partir de entonces y durante dos años se resistió a caminar, hasta los tres años hubo que llevarla en brazos como si fuera tullida a pesar de que los exámenes no indicaban nada y ya consideraban la posibilidad de enviarla a un especialista en la lejana Viena, bebés nacidos después que ella ya correteaban y solo ella permanecía echada de espaldas en su parque con la vista fija en la copa del lentisco cuyas ramas estaban decoradas con pequeñas bolitas rojas como píldoras. Las ramas le hablan con susurros y ella les sonrío: ellas son las únicas que no la presionan, solo ellas aceptan su silencioso existir pues su padre no se ha dado por vencido: abrumado por la culpa, la ha llevado de médico en médico por si se hubiera dañado su cerebro en aquella caída, hasta que un experto en Tel Aviv dictaminó finalmente: «No tiene ningún problema en su cerebro, solo tiene miedo de caminar. Lo que debe hacer es hallar algo que la asuste todavía más».

¿Qué sentido tiene asustarla todavía más?, preguntó su padre. El médico contestó: «No hay otra opción. Si quiere que la niña comience a andar, debe lograr que le tema más a usted que al caminar mismo». Desde ese momento su gallardo padre le sujetó la espalda con una toalla como si se tratara de un cabestro, al tiempo que la

obligaba a escapar y le propinaba fuertes golpes cuando la niña se resistía. Lo hago por ti, Hemda'le, decía con un hilo de ronca voz ante su rostro hinchado por el llanto, es para que seas como el resto de los niños, para que ya no sientas temor. Aparentemente el consejo del médico fue acertado pues al cabo de algunas semanas ya daba algunos pasos bamboleantes, su cuerpo buscaba huir de los golpes, su conciencia petrificada, la conciencia de un animalito cruelmente domado, ajena a sus logros, incapaz de sentir alegría, la brumosa conciencia estaba de que, incluso si lograra caminar, incluso si lograra correr, ya no habría adónde.

Ajena a logros o alegrías, aun así siente que esa mañana tiene adónde ir: hacia la ventana, Hemda, para ver cómo tu lago te susurra en secreto. Si logré llegar hasta ti, murmura, si pude reunir todas mis verdes fuentes, los peces, la flora y las aves migratorias, si pude concentrar mis aguas nuevamente en este pueblo de montaña frente a tu ventana a pesar de todo el esfuerzo puesto en desalojarme, ¿no podrás incorporarte de tu lecho para dar unos pasos y verme? Y ella contesta con un suspiro: semanas atrás aún podía recorrer el largo del pasillo con mi lento andar... ¿Por qué no viniste en ese momento? ¿Por qué ahora, después de la caída? No solo tú, desde siempre las cosas se me aparecen demasiado tarde o demasiado temprano, pero el lago le envía una húmeda brisa, son cientos de años en los que he sumado una gota a otra gota, una rama a otra rama, alas a alas, solo para presentarme ante ti otra vez, para verte. Ven a mí, Hemda, acércate a la ventana. Ella sacude anonadada la cabeza: ¿qué fueron todos estos años?, ¿para qué pasaron si no dejaron su marca, si al final de todo solo quedó una niña pequeña que ansía bañarse desnuda en su lago?

Con sus torcidos dedos intenta despegarse de la piel el camisón que, con gesto torvo, un día había recibido de su hija. Sus regalos la molestaban siempre, a pesar de ser bellos y generosos. En todos aquellos momentos en los que su hija intentaba congraciarse con ella, la hería en sus sentimientos. Ábrelo, mamá, la incitaba, estuve dando vueltas durante horas por las tiendas hasta encontrar algo de tu gusto, ábrelo ya, pruébatelo, ¿te gusta? Y ella desgarraba el elegante envoltorio, palpaba con desconfianza la suavidad de la tela, los desconocidos olores que despedía, las visiones que se ocultaban tras el presente, los paisajes que su hija había recorrido sin ella, todo eso despertaba en ella una ira súbita y murmuraba, de verdad gracias, Dina, no tenías por qué hacerlo, aplastaba el envoltorio

vacío, se sorprendía incluso a sí misma por lo intenso de su incomodidad. ¿Sería acaso que cada pequeño presente generaba una gran culpa, junto con la esperanza de un regalo absoluto y total, ilimitado? Llévame contigo, quería decirle, en lugar de traerme recuerdos de los momentos que viviste en mi ausencia. Dina la observaba ofendida, ¿no te gusta, mamá?

Me gusta, me gusta demasiado, quizá esa hubiera sido la respuesta correcta nunca dicha, me gusta demasiado o demasiado poco, demasiado tarde o demasiado temprano y en ese momento habría regresado la prenda a su envoltorio para depositarla en el armario y solo después de mucho tiempo, cuando la ofensa había quedado ya grabada en lo más profundo y era tarde para disculpas, entonces vestía con furia aquel regalo olvidado, el suéter, el pañuelo, el camión con flores grises, ¿quién vio jamás alguna flor gris? Mientras intenta liberar su brazo de esa manga pegadiza, sus ojos se topan con la sorpresa de sus pechos descubiertos y las flores grises de sus pezones, encorvados en el extremo de cada pecho exánime, grises flores, arrugadas y marchitas. Con desconfiados dedos explora los pliegues de su piel, recuerda al menor de sus nietos, cómo lo sentaron sobre sus rodillas hacía unos meses y, a los pocos minutos, se había derramado encima un vaso con agua y cuando le quitó su blusa extendió de pronto su bracito desnudo para examinarlo con la sorpresa de quien ve algo por primera vez, lo sacudía hacia arriba y hacia abajo, lo palpaba y lo lamía, continuaba con la piel de su vientre, gozando del contacto. Era una danza de amor virginal, un himno al amor egoísta si acaso el bebé hubiera tenido conciencia de que se trataba de su propio cuerpo, si acaso su propia conciencia era ahora capaz de aceptar la posesión de aquel cuerpo abatido. No, aún cree que no se trata de su vejez sino de suciedad que se le fue adhiriendo con los años o tal vez de alguna enfermedad pasajera, una especie de lepra y que en el momento en que llegase hasta el lago y se sumergiera en sus aguas su cuerpo sanaría como las llagas de aquel general del Ejército armenio que curó su lepra bañándose siete veces en el Jordán².

Ven, Hemda, pon tu pie en el suelo, sostente contra la pared, ponte derecha, tienes el bastón junto a la cama, pero no lo necesitas, solo a mí me necesitas, como en aquellos días cuando eras una garza vagabunda que buscaba un refugio entre las hojas de los papiros.

² Referencia a 2 Reyes, 5, 10.

Recuerdas cómo solías nadar desnuda en los inviernos, buceabas en las aguas que ardían como quemaduras hasta que te enfermaste y tu padre te prohibió regresar. Aun así, te escapabas para visitarme cada poco, arrojabas tus ropas en la orilla; una vez él te halló, te ordenó salir y, cuando fuiste hacia él desnuda, él escapó a la carrera y desde ese momento ya no volvió a seguirte: quedamos solos tú y yo, pero aun así algo faltaba.

¿Dónde estaba mamá? Su padre intentaba una y otra vez trenzar sus cabellos con aquellas manos ásperas que olían a pescado, su padre que la obligaba a andar, a correr, a trepar por los tejados del kibutz como el resto de los niños a los que jamás pudo igualar, los niños que saltaban de un tejado a otro como monos, y ella, doblegada por el miedo, rehusaba seguirlos hasta que aparecía su padre con su mirada azul amenazante, de qué tienes más miedo, de mí o del salto, de la vida o de la muerte, y ella sube con esfuerzo, lo maldice y llora, asno, eres un asno, se lo contaré todo a mamá.

Pero... ¿dónde estaba tu madre?, pregunta su hija cuando accede a escuchar sus relatos, aprendidos de memoria y aun así sorprendentes, inquietantes cada vez como si nunca los hubiera oído. ¡Has crecido sin madre!, le anuncia con fruición y Hemda se rebela, no, estás totalmente equivocada, yo quise tanto a mi madre y ella me quiso a mí, jamás dudé de su amor, pero Dina no da su brazo a torcer, pues una cadena de satisfactorias conclusiones se desprende del enunciado: te han criado sin madre, qué poco sorprende entonces que no sepas serlo, de lo que se infiere que tampoco yo tuve madre y hasta mi propia hija ha sufrido por esto, ¿eres capaz de ver cómo la ausencia de tu madre, que ni siquiera despierta en ti enojo, ha influido sobre todas nosotras?

Te equivocas de parte a parte, sacude frente a ella su cabeza, no estaba enfadada con mi madre porque sabía lo mucho que trabajaba ella. Trabajaba en la ciudad y regresaba a casa solo los fines de semana y cuando estuvo ausente durante un año por un viaje, cuando volvió no la reconocí, pensé que se trataba de una extraña que había asesinado a mi mamá, ni siquiera en ese momento me enfadé, pues comprendí que esa mujer no había tenido otra opción. Vosotros y todos vuestros enfados, tú y Abner y toda vuestra generación de incomprensidos, ¿qué habéis sacado de todas vuestras quejas? Aunque a veces también ella siente ira, una ira espantosa, asesina, no solo contra sus padres, no solo contra su padre tan dedicado a ella a su cruel manera o contra su madre por siempre ocupada, sino

también contra ellos, sus propios hijos, en especial contra esta hija suya cuya cabellera ya había comenzado a encanecer.

Parece que fue ayer cuando trenzaba aquellos cabellos oscuros, rizados, sus dedos se enredaban en esas profundidades así como los dedos de su padre con sus cabellos, ahora los cabellos de su hija estaban descoloridos, grises, su hija no se los tiñe como el resto de las mujeres de su edad, como una declaración de principios exhibe su cabeza canosa que proyecta su sombra sobre ese rostro juvenil y Hemda piensa que esa tristeza está dirigida contra ella, que para torturarla su hija es capaz de mortificarse a sí misma solo para probarle que aquellos días de la infancia habían sido terribles en grado sumo y que por ese motivo ella descuidaría su apariencia, no se alimentaría, se haría más delgada cada año y así su hija es mucho más delgada y pequeña que ella misma. Cada día se anulan más las mujeres de la familia, como si en dos o tres generaciones fueran a desaparecer, en cambio su hijo se hincha hasta el punto de que por momentos a ella le cuesta reconocer en ese hombre obeso, calvo y de arduos resuellos a su apuesto hijo, el que había heredado de su abuelo aquellos extraordinarios ojos azules, y a veces lo contempla con repulsión, como si ese señor hubiera asesinado a su hijo y luego lo hubiera sustituido, durmiendo en su cama y criando a sus hijos, lo mismo que había sospechado de aquella mujer extraña que regresó de los Estados Unidos hacía tantos años, que había salido a su encuentro a la carrera para abrazarla y besarla con la excusa de que era su madre.

Todo el kibutz la esperaba en el parque para recibirla, al regreso de aquella prolongada misión en el extranjero, ella fue la única en esconderse en la copa de un árbol, una monita pequeña que miraba hacia abajo, hacia lo que parecía una espera absolutamente impersonal: quién de los niños la recordaría a ella, a su madre, si hasta su madre se había olvidado de ella y quién entre los adultos realmente la aguardaría excepto su esposo y un puñado de conocidos. Pues la mayoría la envidiaba, en especial las mujeres que se pasaban horas y horas en los turnos de la cocina, del parvulario, de la jardinería, de la costura, del almacén comunitario, con los monos azules de trabajo y las piernas azules por las várices y solo ella, la madre de Hemda, vestía elegantes trajes y ocupaba una oficina en la ciudad y a veces ni siquiera eso le resultaba suficiente y se alejaba en misiones que vaya uno a saber quién se las encomendó. Sí, había oído todas esas palabras estando oculta entre las ramas y si no las oyó las adivinó y

si no las adivinó las dijo ella misma, antagonista y aliada con todos sus rivales pues no era a ella a quien esperaban sino a esa brisa fresca del ancho mundo, a la esperanza, a los dulces recuerdos, todo eso debía traer consigo aquella mujer, supuestamente, al descender con garbo del automóvil gris de la oficina. ¿Quién es ella? Incluso desde lo más alto del ramaje puede distinguir que no era su madre: la larga trenza había desaparecido, el rostro relleno y pálido, el cuerpo torpe. Sorprendida y triste bajó del árbol, nadie la vio huyendo de aquel sitio, lo antes posible, lo más lejos posible. Al lago.

Tú no eres mi madre, gritará luego al regresar al dormitorio de sus padres, en pie frente a ella, y la mujer desconocida la contemplará con tristeza, sus ojos se fijarán, por algún motivo, en los capullos de sus pezones de niña de doce años que despuntaban bajo la mugrienta camisa que los cubría. Mi pobre niña, cuánto abandono has tenido que sufrir, como si no hubiera sido ella la que la abandonó y de inmediato intentará calmarla, estuve enferma durante mucho tiempo, Hemda'le, me internaron en un hospital y allí me cortaron la trenza, sufría una inflamación de los riñones y por eso mi cara se hinchó; Hemda buscaba en aquel rostro las familiares cicatrices de la varicela: dos diminutos cráteres entre el mentón y las mejillas. Tú no eres mi madre, dictaminó por segunda vez, decepcionada, no tienes las cicatrices de la varicela y la mujer desconocida se palpó el mentón, aún las tengo, solo que no se ven, aquí están, y Hemda se echó a llorar, ¿dónde está mi madre?, ¿qué le has hecho?, para arrojarse en el acto sobre las rodillas de su padre, no lo toques, no hagas con él lo que hiciste con mi mamá, es lo único que me queda ahora. Y en las primeras noches daba vueltas en su cama del dormitorio infantil comunitario, imaginando cómo aquella mujer que ya se había tragado a su madre estaría masticando las rodillas de su padre como si se tratara de un pollo asado, sorbiendo la médula de sus huesos para devorar en breve sus menguadas carnes de niña, el albor tímido de sus pezones.

Dos pechos, dos caderas, dos padres, dos hijos y en medio de todo eso ella misma, más interesada en sus padres muertos que en sus hijos vivos. Tuvo un hijo y una hija, una parejita, una imagen aumentada de la pareja que la había engendrado a ella, mientras que la tercera pareja de la familia, ella y su esposo, se le aparece como una estación de paso entre dos ciudades y ahora, cuando ella apoya las plantas de los pies en el suelo todavía frío a pesar de que afuera la temperatura sube, los ve delante de sus ojos, a la pareja original:

su padre en ropa de trabajo azul y su madre con una camisa blanca de seda y una falda con tablas, con la trenza que engalana su cabeza como una suave corona real; están en la orilla del lago y le sonríen, saludan agitando sus manos en dirección a las calmas aguas color de café con leche.

Ya es tarde, Hemda, debes bañarte y acostarte, dicen, señalan al lago como si se tratara de una bañera solo a ella destinada, fíjate cómo estás de sucia, y ella va al encuentro de ellos con el aliento entrecortado, si no te apresuras el lago desaparecerá nuevamente y desaparecerán sus jóvenes padres, pero sus piernas están pesadas, se hunden en la ciénaga, papá, mamá, ayudadme, me hundo, espesos pulpos de barro se adhieren a sus caderas, arrastran su cuerpo hacia las profundidades del pantano, mamá, papá, me ahogo.

Deslícense sobre sus vientres, recuerda la recomendación que les había dado el monitor de escultismo aquella vez que habían salido en busca de nidos de golondrinas y el barro les había atrapado las piernas. Su boca abierta en un grito se llena de un denso potaje de tierra y se asfixia, dadme la mano, pero sus padres permanecen inmóviles frente a ella, una sonrisa reposa en sus labios como si ante ellos se representara algún pasaje cómico, ¿acaso no ven que ella se hunde, o es que en realidad desean que desaparezca? Su cuerpo golpea con fuerza sobre el suelo, al pie de la ventana, es como si se la llevaran de aquí, las tripas del barro digieren sus talones. Con qué intensidad la ansían las entrañas de la tierra, jamás se había sentido tan deseada, pero todavía resiste, intenta aferrarse a las patas de la mesa, aún no es mi hora, es demasiado temprano o demasiado tarde, aún no es mi hora y con lo que le resta de su menguante conciencia se arrastra hasta el teléfono, deslícense como cocodrilos, grita el instructor, de otro modo se ahogarán, su garganta destruida se le cierra, Dina, ven pronto, estoy ahogándome.

Pero Dina está de pie, inmóvil frente a la ventana de la cocina, contemplando asombrada las agujas del pino que, enhebradas una con otra, apuntan hacia ella el remedo de una mano mendicante. Se ha llevado los huevos, la paloma gris. Ayer por la noche, antes de acostarse, había vuelto a espiar el antepecho de la ventana y pudo ver el nido con los huevos fulgurando en la oscuridad, como un par de ojos bondadosos y de inmediato apareció la paloma y los ocultó con sus alas. Ella sentía el calor que emanaba el cuerpo del ave, una suave paz, una memoria dulce. Qué hay más simple que eso: solo

sentarse así, sin moverse, hora tras hora, los ojos despiertos y el cuerpo aletargado, dado por completo a un único fin. Se ha llevado los huevos, voló en la negra noche con un huevo en el pico, lo depositó en otro nido que había ya preparado y regresó para llevarse el otro. ¿Acaso sus miradas furtivas habían sido la causa por la que decidió llevárselos?

Qué dolor más extraño, murmura mientras suena el teléfono, qué dolor tonto, innecesario, estar aquí de pie, en una postura de sombrío respeto como ante una tumba profanada, ante un montón de ramitas que anteanoche eran un maravilloso hogar y hoy son un amontonamiento sin sentido. Extiende entonces su mano hacia el pequeño nido y lo destruye. Una brisa primaveral dispersa las varillas y mira, ya no queda ni siquiera el recuerdo de la vida que aquí latió durante toda una semana y que la colmó de extraños sentimientos, dos huevos en un nido, un huevo que no germinó.

¿Por qué se los llevó?, se pregunta en voz alta. Ella oye su propia voz con cada vez mayor frecuencia últimamente, en especial cuando no hay nadie a su lado, sus pensamientos se escapan sin filtros a través de su garganta y su voz revela su desnudez, su vergonzosa simpleza. Hay que comprar leche, se escucha a sí misma proclamar con festiva resolución, como si se tratara de un objetivo nacional, o estoy llegando tarde o dónde está Nitzan. Tal parece que esta última pregunta se oye una y otra vez en el espacio que la rodea, no dónde se encuentra mi hija única en este preciso instante, lo que tiene por ahora respuestas sencillas, está en la escuela, en la casa de una amiga o de camino a casa, sino dónde está su corazón que durante todos estos años estuvo tan cerca del suyo propio y ahora se ha distanciado, late en su contra decisivas diástolas, agresivas sístoles. Se asombra: cómo se transforman los más naturales de los amores en amores contrariados, con ansiedad controla a su hija, intenta seducirla con las mismas propuestas que en el pasado lograban arrancarle gritos de dulce alegría: Nitzani, ¿qué tal si preparamos juntas una tarta?, has visto que han abierto una nueva pizzería en el barrio, ¿te gustaría comer pizza? Solo que ahora se topa con miradas esquivas y una fría voz le contesta en otro momento, mamá, no tengo tiempo, pero le sobra tiempo para sus amigas porque al instante queda con Tamar o con Shiri, desaparece como si huyera de su presencia y Dina la ve partir con una sonrisa congelada que intenta ocultar su herida, qué dolor más extraño.

Déjala, permite que crezca, la recrimina Gideon, como si a ti te

hubiera gustado salir de parranda con tu madre cuando eras adolescente, pero ella no contesta, por algún motivo las respuestas que debería darle quedan mudas, se pasean por las oquedades de su vientre sin eyectarse al exterior, no es en absoluto la misma situación, mi madre prefería a mi hermano, mi madre jamás fue una compañía agradable con sus historias deprimentes sobre el lago, jamás logró ver otra cosa más que a sí misma, no supo ser madre, aprendió cuando ya era demasiado tarde.

Dos ojos, escucha otra vez su voz que irrumpe en el silencio, una voz elemental como las voces de los mudos, dos piedras preciosas, dos diamantes que brillaban en el antepecho como desde la profundidad de una oscura mina, ¿por qué se los llevó?, ¿qué fue lo que la sobresaltó? El maullido gutural de un gato contesta a su pregunta, tapa el sonido del teléfono con otra cálida, peluda llama que se pasea entre sus piernas. ¿Dónde has estado, Conejo? El gato no tiene prisa en devorar su comida y prefiere pasearse entre sus piernas desnudas, frotándose con entusiasmo. Así se pasea entre ellos tres como intentando conectarlos por medio de su cola, grabar sobre su piel las esperanzas de su hija y de su esposo, grabar sobre su piel las esperanzas de ella. Pues últimamente le parece que el gato, ese gran macho que por error recibió el nombre de Conejo por su piel blanca y sus largas orejas, ha quedado como el factor último de unión entre ellos, como un hijo de la vejez que resguarda el débil eco de lo que fue una familia, además de las posesiones, por supuesto: los muebles, las paredes, el coche, los recuerdos.

Recientemente ha comenzado a notar que cada vez que se dirige a su hija comienza por recordar algo. ¿Recuerdas cómo solíamos jugar en este jardín? Nos gustaba quedarnos aquí, en la oscuridad, cuando todos ya se habían ido, mira, la casa de Bar, ¿recuerdas aquella vez que te habías quedado a dormir con ellos, pero en mitad de la noche nos llamaste para que fuéramos a buscarte y a partir de entonces no volvió a invitarte? ¿Recuerdas cuando te llevaba al jardín de infancia y luego solía comprarte aquí un helado? ¿Por qué necesita de un modo tan imperioso la aprobación de su hija? ¿Qué importancia tiene el que recuerde este o aquel detalle? Es que no intenta despertar en ella cualquier recuerdo, sino aquellos en los que se querían, ¿recuerdas que alguna vez me quisiste, Nitzan?

¿De dónde nos cayó el instante ese en el que se rompe el equilibrio entre los recuerdos y los deseos? Nadie la había preparado para eso, ni los libros ni los periódicos, ni los padres ni los amigos.

¿Acaso es ella la única en el mundo en sentirse así en una etapa tan temprana de la vida, sin que hubiera ocurrido ningún desastre, la primera en sentir que el plato de la balanza sobre el que están depositadas las memorias se desborda mientras que el otro en el que están las esperanzas se ha vuelto leve como una pluma y que todas esas esperanzas solo apuntan a restablecer las cosas como estaban antes?

Basta, se dice, suficiente con eso, ¿me oyes, Conejo? Pero el gato no cede, se le arrima con insistencia, alza un rabo musculoso, como si le ofreciera un extracto del calor del próximo verano. Es insoportable, dice, de golpe ha subido demasiado la temperatura, hace apenas un minuto era invierno y ahora, en el transcurso de un solo día, ha llegado el verano, sin estaciones intermedias, qué tierra perdida, abrumadora, siempre vamos de un extremo al otro.

Porque el olor de las fogatas nocturnas aún pesa sobre el aire ardiente, cuán difícil es respirar y quizá ya no sea necesario, últimamente siente que hasta la más sencilla de las acciones se torna demasiado complicada para ella, o quizá su motivación ya no resulte lo bastante potente. Antes, cuando Nitzan la necesitaba, podía respirar salvajemente, podía sustraerles el oxígeno a los transeúntes, pero ahora que su hija se había vuelto para ella una extraña y que la hiere adrede, ya no siente interés por el oxígeno, ya pueden los demás respirar a sus anchas. Qué edad incómoda, cuarenta y cinco, en una época las mujeres morían a esta edad, cumplían con la crianza de los hijos y morían, liberaban al mundo de sus presencias, la presencia constante e incisiva de mujeres que han dejado de ser fértiles, cáscaras carentes ya de todo atractivo.

No contestaremos, Conejito, le dice al gato que se lanza sobre el mármol de la cocina, por mí pueden seguir llamando hasta mañana, no tengo fuerzas ya para hablar con nadie, pero cuando el enorme gato blanco con la cola negra y las patas delanteras, una negra y la otra marrón (como alguien que se puso las medias en la oscuridad), se dirige con su gallardo andar hacia la ventana y husmea satisfecho el espacio vacío que dejó el nido de la paloma, ella comprende: alguien dejó durante la noche la ventana abierta, a pesar de sus indicaciones precisas, él fue quien destruyó el nido, el conejo, o sea el gato, al mirar hacia fuera, para su espanto, reconoce allí abajo, sobre la acera, las cáscaras rotas, un mejunje repulsivo, lo que queda de vida.

Gideon, grita, te lo repetí durante toda esta semana, no abras la ventana de la cocina, pero él ya se fue hace rato, con la vieja cámara

Leika colgada al cuello como si fuera la fiambarrera de un escolar y sobre el hombro una cámara adicional, se pasea intranquilo, sus ojos van de un lado al otro buscando sin descanso a las aves que el mundo le presenta en ocasiones irrepetibles. Aunque ¿se lo había dicho en realidad? Por un instante duda, quizá solo tuvo la intención de decírselo y nuevamente ese extraño dolor en las costillas, la ira que nuevamente se despierta. Dos minúsculos embriones que descansaban en el nido, dos piedras preciosas y solo uno logró romper la cáscara, su Nitzan, una bebé diminuta pero sana, en tanto que el segundo no logró sobrevivir, se transformó en un mejunje repulsivo, no tenía a quién recriminar y sin embargo lo hace y ella misma es la principal culpable. ¿Acaso ella había preferido, en secreto, a la niña? ¿Acaso el temor que sintieron en las primeras semanas del embarazo le quitó a esa pequeña criatura el deseo de vivir? Cómo nos arreglaremos, dime tú, él se lamentaba, acaban de despedirme del periódico y se encerraba durante horas en la habitacioncita que él había transformado en cuarto oscuro para luego emerger sombrío como si un desastre se hubiera abatido sobre ellos, dos padres, dos embriones al mismo tiempo, ¿qué haremos, quién los criará, quién se hará cargo de nosotros? Se pasaban horas tirados sobre el sofá, contemplando el techo del ambiente repleto de objetos, qué será de nosotros, tendremos que buscar otro sitio, tendremos que buscar trabajo, tendremos que pedir un préstamo, la lista de obligaciones crece y crece la desesperación. Hasta que un día él se echó al hombro una mochilita y se fue, necesito tiempo para recuperarme, le dijo entre dientes, como si se tratara de algún golpe que le hubieran propinado y ella pensó que regresaría por la noche o al otro día, pero al cabo de un par de días la llamó desde África y al regresar traía en la mochila unas fotografías extraordinarias que hicieron de él un fotógrafo solicitado, mientras que en su nido secreto había un único huevo.

¿Acaso el pensamiento puede matar? ¿Puede el ansia de fracaso provocar un desastre? En aquellos días solo pedía que la dejaran en paz, aquellos dos pequeños seres diminutos que se habían adherido a las paredes de su útero como lo hacen las babosas a la corteza de los árboles, la porción más pesada de su inquina la dirigía hacia él, hacia el varón. Podría haber reaccionado de otro modo, al parecer no, pero tampoco él pudo. En los primeros años estuvo tan atareada con la bebé que ni siquiera pudo llegar a imaginar la existencia de otra criatura, pero a medida que Nitzan iba creciendo él comenzó

a merodearla más y más, el niño que se rindió y a veces por las noches, cuando se acercaba a Nitzan para arroparla, le parecía oír en la habitación el susurro de otra respiración que se deslizaba entre los estantes de los juguetes y hubo días en los que le pareció verlo correr junto a Nitzan a la hora de los juegos, con su cabellera del color de la miel, abundante y espesa como la de su hermana, con sus mismos ojos verdes pardos, cuando Nitzan dibuja, el niño lee o llora pero ahora que Nitzan se aleja de ella, él no se va, desde siempre ha sido un niño delicado, considerado, que obedeció en silencio sus más ocultos deseos.

¿Qué es lo que esperas? Haz otro hijo, la madre la azuzaba, Nitzan necesita un hermano o una hermana y tú necesitas dejarla un poco tranquila, pero ella contestaba con sorna: ¿de verdad, mamá?, ¿del mismo modo en que tú me dejaste tranquila a mí? Pues entérate de que eso no fue dejarme tranquila, sino simple indiferencia. Aunque en lo profundo de su corazón sabía que su madre estaba en lo cierto y aun así dudaba, le causaba tanto placer consagrarse al cuidado de su hija, poder darle todo lo que ella jamás había recibido, por no mencionar la obstinada negativa de Gideon, ella siempre creyó que todavía no era tarde, que disponía de todo el tiempo del mundo para convencerlo. Cada cierto tiempo lo intentaba, nos queda todavía una oportunidad para ser felices, Gidoni, aprovechémosla antes de que sea tarde, pero él se oponía de inmediato, ¿cómo sabes que lo que obtendremos de esto será felicidad?, ¿qué pasa si es todo lo contrario? Estamos bien así, ¿para qué apresurarse?, ¿por qué arriesgar todo lo que tenemos por lo desconocido?

¿A qué mundo quieres traer otro niño?, argumenta ante ella como si le hubiese planteado algún problema arduo e irritante, no tienes idea de dónde estás viviendo, acompáñame alguna vez en alguno de mis viajes y verás en qué país vives, no todos habitan en cómodas casas mientras parlotean acerca de la felicidad, hay personas para las cuales un niño es otra boca para alimentar y ella se preguntaba cuál era la relación, acaso su hijo le quitaría el pan de la boca a algún otro niño y finalmente volvía a resignarse, temía presionarlo, no se sentía segura de soportar un cambio. ¿Estaban cómodos así? Sí, lo estaban, demasiado cómodos criando a una hija que no tenía competidores, no como ella, que creció acosada por la envidia y los celos por culpa de su hermano menor. La niña floreció rodeada de amor, ¿por qué arriesgar todo lo que tenemos por algo desconocido? Sí, suena convincente y casi consigue convencerla, pero en el

seminario donde ella da clases, que con los años se transformó en un instituto, las alumnas piensan distinto y cuando expone ante ellas el tema de la expulsión de los judíos de España, emocionadas, apoyan sus manos sobre sus hinchados vientres y no parece que estuvieran arriesgando la propia felicidad sino todo lo contrario, la extienden y últimamente ha comenzado a sospechar que son sus alumnas las que están en lo cierto y ella es la que se equivocó y ya es demasiado tarde para reparar el error. Justo ella, que se supone debía enseñarles, no ha hecho una buena lectura del libro de la vida, pues la Nitzan de hoy ya no es la dulce y amorosa niña que alguna vez fue, esta joven impaciente que cierra ante ella la puerta de su habitación y la de su corazón ya no me la consolará por el solo hecho de existir, por la ausencia de aquellos hijos que no tuvo.

Que no te duela su actitud, le dicen, alégrate de que haya sido capaz de rechazarte, es la señal exacta de que está madurando de manera correcta, ella necesita separarse de ti, pero ya regresará y entretanto disfruta del tiempo libre, quizá por fin logres terminar tu doctorado. Todos tienen algo para decirle: Gideon, su madre, sus amigas, todo el mundo le acerca palabras, labios que se mueven, frases como remedios para una enfermedad vergonzante, pero ¿qué hará con ellas? ¿Acaso podrá acunar esas palabras en sus brazos, llevarlas a pasear en las noches frescas para mostrarles la luna y las estrellas? Ella odia esas palabras, le producen dolor, es un dolor extraño que se oculta entre sus costillas como detrás de rejas, un dolor que ella ha criado y que se ve bien alimentado, un dolor que se ha desarrollado de forma hermosa, que en muy poco tiempo pasó de ser una diminuta babosa a transformarse en una entidad exigente y dañina que dificulta su respiración, alza oleadas de náuseas, le impide concentrarse en sus obligaciones, le obstaculiza el realizar la más simple de las tareas, ni siquiera contestar el teléfono que lleva sonando, aparentemente, desde hace alrededor de una hora. Tanto se ha acostumbrado a él que ya le parece que emerge de su cráneo, a través de sus orejas hacia la realidad, un sonido de sirenas de alarma dado que no vale la pena usar palabras, acaba de comenzar la era de los sonidos con lo que le queda de vida, es ella la que está llamando al mundo, no es el teléfono ya que, cuando por fin contesta, no se oye nada.

Por alguna razón, el aparato está helado. Apoya el auricular en su pecho, una bocanada de fuego le sube por la garganta y ella aprieta los labios, siente que si no lograra contener la respiración no

habría vuelta atrás, los campos arderían, los bosques se carbonizarían, las casas quedarían reducidas a cenizas, un calor insoportable invadiría la Tierra y acabaría en el acto con todos sus seres queridos, con Nitzan, con su delgado y suave cuerpo mientras duerme en la casa de su amiga, con Gideon mientras conduce por las rutas y toma fotografías de cenizas diurnas que quedaron de las fogatas de Lag Ba'omer³, por lo tanto resulta imperioso que domine ese río de lava que se revuelve en sus tripas, necesariamente debe contenerlo en sus pulmones para que sea ella la única carbonizada. Tanto les ha dado de sí a ambos, todos estos años, que ahora siente que esto es lo último que le piden y aunque ello implique la interrupción total de la respiración, ella cumplirá, les demostrará su espíritu de entrega, arderé como una tea votiva frente a la ventana de la cocina, me apagaré frente a la ventana de la cocina y, cuando regreséis, me hallaréis aquí, en el suelo: unas cáscaras rotas, un mejunje repulsivo, lo que queda de vida.

Apenas hace pocas horas, por la mañana, antes de que él partiera, intentó retenerlo junto a la puerta: me duele, Gideon, y él, en el frío, preguntó, ¿dónde te duele?, dirigiéndole una breve ojeada. En el corazón, dijo con resentimiento, consciente de la inferioridad de ese dolor en comparación a aquellos otros dolores somáticos, dignos de atención inmediata y, como era de esperar, él comenzó a resoplar con impaciencia, ¿qué es lo que te pasa a ti últimamente? Hazte cargo de tu vida, alégrate por estar sana, por el que todos estemos bien, fíjate un poco lo que sucede a tu alrededor y da las gracias.

Gracias, dice ahora, gracias por tu ayuda, pero qué esperaba, ya hace muchos años que él se ha alejado, inmerso en sus asuntos, ¿acaso había alguna base para creer que justo ahora, cuando ella lo necesita, algo iba a cambiar? ¿Verdaderamente lo necesita tanto? De nuevo, el dolor en el pliegue más profundo, que se desprende de su ser como una muela enferma. Estoy enferma, le dice al teléfono mudo, necesito ayuda, he perdido algo y no sé si alguna vez volveré a encontrarlo.

Qué nombre le pondrá a eso que la ha sujetado a la corriente de la vida como un feto a una placenta nutricia, años y años conectada mediante un cordón umbilical a un gran vientre rodeada de mur-

³ Lag Ba'omer (hebreo: ל"ג בעומר «trigésimo tercer día de Omer») es el nombre dado al día 18 del mes Iyar. El Omer es la cuenta que se realiza entre las Pascuas judías y el Pentecostés. Es tradicional que se festeje encendiendo grandes fogatas.

mullos y latidos y, aunque hubo cada poco decepciones y fracasos, sacudidas y sufrimientos, jamás puso en duda ese nexo y si le daba la impresión de que en los últimos tiempos una cruel partera había cortado con afiladas tijeras ese cable como diciendo felicidades, ha nacido una niña, ella sabe no obstante que no se trata de un parto, sino de una muerte, de un súbito desgarró de lo que de bueno tiene vivir. Sus pulgares empalidecen sobre al aparato telefónico que ahora está sonando nuevamente, pero ella no contesta, lo sujeta cerca de su pecho, sus labios se contraen, no respira, solo ella sabe hasta qué punto es peligrosa su respiración, su hermano Abner deja que el teléfono suene diez veces hasta dejar un mensaje en el móvil apagado, mamá se ha caído otra vez y ha quedado inconsciente, se lo notifica con ira, como si la culpa fuera de ella, está en urgencias en el hospital, ven en cuanto oigas este mensaje.

Nunca le había gustado quedarse a solas con su madre, incluso ahora, que está oculta detrás de aquella máscara de oxígeno, con sus manos inmóviles junto al cuerpo, los ojos cerrados y semiconsciente, aun así, se siente incómodo en su presencia, no vaya a ser que extienda hacia él sus arrugados brazos en un intento por abrazarlo, que quiera besarlo con esos labios como pasas o que rompiera a llorar delante de él, Abner mío, mi hijo, mi niño, cómo te extraño. En casi todas sus visitas ella lo recibe con alguna queja, dónde estuviste, te extraño mucho y cuando él trata de calmarla, aquí estoy, mamá, ella pregunta con desconfianza, ¿cuándo regresarás?

Aquí estoy, alégrate por que esté aquí ahora, le insiste, pero ella sigue a lo suyo, es muy poco el tiempo que pasas conmigo, te extraño. Incluso cuando él está frente a ella siente su ausencia, cuando lo ve ella también percibe el vacío que él dejará al partir. Consentido, niño de mamá, así se burlaban de él los niños del kibutz cuando ella pasaba las horas junto a su cama y se le hacía difícil dejarlo, o cuando lo buscaba en los jardines llamándolo a gritos por su nombre, ¡Abni! ¿Dónde estás? La vergüenza le encendía el rostro cuando oía sus voces súbitas, como una alarma de incendios, corría a esconderse, bajaba al refugio y los niños la imitaban ante sus mejillas enrojecidas, qué vergüenza ser tan amado.

El mundo está patas arriba, suspira, qué desastrado invento esto del kibutz que ha generado seres tan crueles, especialmente los hombres, capaces de negar con tanta naturalidad los sentimientos más normales. Qué invento más enrevesado la masculinidad, le pa-

rece que ya desde hace años está viviendo en la clandestinidad y no solo él, no solo su kibutz, no solo su país, sino todos los hombres, como criminales de guerra que temen mostrarse, como testigos encubiertos, todos ellos desperdiciando de modo tan irreflexivo sus mejores años y no para alcanzar algún alto ideal, sino simplemente para sobrevivir.

Pareciera que en el transcurso de los últimos años la tensión haya disminuido un poco, cuando ya tienes hecha la mitad de tu vida la disciplina comienza a relajarse, como cuando está por terminar el curso de instrucción del Servicio Militar y es cuando los hombres se muestran un poco femeninos y las mujeres, a su vez, masculinas, pero ahora, frente a ella, revive su viejo nerviosismo, frente a esta ruina del ser humano que lo ha traído al mundo, la testigo última de su infancia, su debilidad, su soledad, de los golpes de su corazón, todo el pudor por sus ocultas emociones, su gran vergüenza.

El menguado cuerpo está cubierto por una sábana floreada, ella que fue una mujer de grandes proporciones, torpe, con esos pocos elegantes vestidos de colores estridentes que comenzó a usar en señal de protesta tras dejar el kibutz, necesitaba para cubrirse metros de tela y ahora alcanza con apenas un parche de sábana deslucida. Su piel, flácida, cae sobre sus huesos como una prenda arrugada, manchada y translúcida, casi a escondidas él revisa sus manos y examina su propia piel. Qué poca dignidad ha quedado aquí, qué cruel ha sido la transformación; solo entre nosotros sucede así, los animales no envejecen de este modo. Se ponen más lentos, el brillo de su piel se desluce y aun así son los mismos, mientras que esta anciana de rala cabellera, de peludo y afilado mentón, cuyos labios desaparecen en la oquedad de la boca, pues su dentadura postiza está sonriéndole desde el estante, es absolutamente otra, distinta de aquella gran mujer que salía a buscarlo a lo largo y ancho del kibutz vociferando su nombre como si solo él fuera capaz de salvarla de un terrible desastre próximo a desplomarse sobre ella, ¡Abni, Abni! ¿Dónde estás?

¿Dónde se ha ido toda esa carne?, se pregunta frente al vacío pellejo de sus brazos, cuando intente abrazarlo colgará de ellos como las alas de un murciélago. Por lo que puede comprobar, la gente se empequeñece cada vez más, el espacio del mundo que ocupan se reduce y también el espacio que el mundo ocupa en el interior de sus cuerpos, desliza de manera inconsciente su mano sobre su vientre, que ha crecido en los últimos tiempos y la retira como si

se hubiera quemado, pues tiene la súbita impresión de que allí se oculta la carne que a ella le falta, que todo el peso que le pertenecía a ella ha migrado en los últimos años a su propio cuerpo, como una especie de vengativo hechizo que operase contra él su madre para permanecer, en última instancia, junto a él, del mismo modo en que lo llevó a él en su útero es como ella lo obliga ahora a él, en sus años finales, a cargar el peso de su carne descartada y de este modo nada se pierde pues el peso combinado de ambos no ha variado.

Qué idea más terrorífica, ríe ante la mueca involuntaria del rostro de su madre, como las muecas de los bebés que, por error, son tomadas por sonrisas, que tontería, esto es el resultado de todas esas comidas grasientas con las que lo alimentan allí, en sus tiendas, platos metálicos repletos de arroz azafranado, esos panes árabes calientes y los quesos de cabra, a veces trozos de carne de cordero, intentan expresar agradecimiento por medio de los manjares que le sirven y él se traga cada vez más porciones de gratitud, las engulle con avidez, sin masticar, carneros enteros de acción de gracias se precipitan en su vientre, rebaños y más rebaños que intentan acallar con sus balidos los ecos de los antiguos desdenes.

Qué anarquía, mira de reojo el reloj y suspira, hace ya una hora que está allí y aún no ha aparecido ningún médico, ha pasado ya una hora y su hermana no ha llegado y no es que él se muera de ganas de verla, de ver ese rostro arrogante que de un tiempo a esta parte había adelgazado, esa mirada ausente, es solo que ansía escapar de este sitio y esa es su única vía de escape. Discúlpeme, intenta captar la atención de la solitaria enfermera, ¿dónde está el médico?, ¿cuánto tiempo más tardará?, pero al pasar ella le ladra que tardará el tiempo que necesite, créame si le digo que el médico no está jugando a las cartas ni bebiendo café y él se calle, avergonzado, baja la vista hacia su vientre, en los últimos tiempos la realidad le marca que todo se transforma. Apenas hace algunos años, cuando cada tanto lo invitaban a los estudios de televisión, gozaba de un trato diferente en los sitios públicos, incluso si no lo recordaban por su nombre su rostro despertaba cierto respeto. Su cara me resulta conocida, le dirigían sonrisas dubitativas y cada tanto la claridad del recuerdo, ¡ah!, ayer lo vi en la tele, usted es el abogado de los beduinos, ¿no es verdad?

No solo de los beduinos, los corregía inpetuoso, sino de todos aquellos que sufren recortes en sus derechos, de inmediato lo premiaban con miradas de aprecio, su esposa era la única que no dejaba

pasar una oportunidad para burlarse de él, el caballero andante de los derechos humanos, se reía, Robin Hood, ¿y qué hay de mis derechos? Para su esposa, así como también para su madre, él siempre era culpable.

Qué anarquía, ayer mismo regresó vencido del tribunal, en donde había solicitado restablecer la situación al estado de cosas anterior y la jueza lo rechazó sin ni siquiera hojear los documentos. La apelación se ha agotado, dictaminó, los hechos ya han sido consumados y es imposible retrotraerlos. Cuando dejó el lugar su frente ardía, apenas si fue capaz de arrastrarse hasta un bar para calmarse antes de presentarse ante Shlomith y los niños. Tanto esfuerzo derrochado y frustrado con una facilidad tal y en realidad qué estupidez es esa de solicitar que las cosas regresen a un estado anterior, ¿acaso existe tal cosa en el mundo real, el que algo vuelva a ser lo que antes fue?

En realidad, el estado anterior era igual de insoportable, tiendas que se desarmaban y caían sobre la serpenteante ruta hacia el mar Muerto, algunas endeble cabañitas improvisadas. Gentes que ya no eran orgullosos pastores nómadas de ovejas con sus rebaños y sus vidas en libertad, en verano a Siquem y en invierno al desierto de Judea. El estado actual ya no es de libertad sino de miseria, las tierras de pastoreo se reducen cada vez más y sus vidas son como las de los gitanos al pie de los montes, trabajan en tareas de limpieza y recolección de basura, son ladrones, fantasmas, y él se sienta con ellos para cenar, para hundir sus manos en sus comidas.

Hemda Horowitz, una voz masculina lo sorprende al pronunciar el nombre de su madre, parece una invitación a subir al escenario para recibir un galardón. Sí, se apresura a responder como si lo hubieran llamado por su nombre, por algún motivo se pone en pie, es mi madre, aclara, el médico lo mira de reojo sin demasiado interés, alto y bastante atractivo, más joven que él, en su mirada se revela una distancia imposible de acortar. ¿Qué sucedió?, pregunta, Abner se ve en la posición de explicar los detalles como ante un tribunal, la secuencia de las enfermedades de su madre en los últimos años, pero el médico lo interrumpe, ¿qué sucedió esta mañana?

Me llamó por teléfono, casi seguro que intentó antes hablar con mi hermana, añade innecesariamente, fue una llamada perdida, ni que decir tiene que ella no hablaba pero la escuché respirar y cuando llegué a su casa, la encontré en el suelo junto a la ventana, temí que estuviera muerta y pedí de inmediato una ambulancia, ella ya estaba

inconsciente pero, de hecho, fue capaz de marcar, trata de hablar a su favor, le parece que es la jueza la que ahora lo está oyendo, lo espía por detrás de la espalda del médico con la intención de sabotearlo. ¿En realidad se dio prisa en llegar?, la jueza pregunta con sarcasmo, ¿no se detuvo en el camino unos minutos para beberse su café, cuando la vio tirada junto a la ventana no sintió una especie de alivio, un cálido goteo que se esparce vergonzante por el cuerpo? Y tras solicitar la ambulancia, ¿acaso no se metió en la cama de su madre y se cubrió con su manta, no ocultó su cabeza bajo la almohada que aún conservaba su olor y por primera vez en mucho tiempo derramó una lágrima que en realidad no fue por ella?

Avergonzado, en cuanto el médico se aleja mientras le da unas breves indicaciones a la enfermera, seca el sudor de su frente. Qué sucede, qué me está pasando, mira furtivamente a su alrededor, sospecha que la expresión de su cara, su forma de hablar o su postura al sentarse lo delatan, que todos los presentes, médicos y enfermeras, que no beben café ni juegan a las cartas, los enfermos y sus parientes, los administrativos y los celadores, todo ese público sabe y advierte que se halla entre ellos, en este preciso instante, un hijo que no ama a su madre.

A través de la cortina a medio correr distingue a un hombre como de su edad, también lo han traído aquí, lo han dejado sobre la camilla, tiene los ojos cerrados y respira con dificultad. Una mujer vestida con una blusa de satén rojo arrastra una silla y se sienta junto a ese hombre, se apresura a cogerlo de la mano. Abner solo ve la espalda de la mujer, oculto tras la cortina, espía temeroso y fascinado ante los nuevos vecinos de su madre, le parece que de pronto, por medio de ellos, la realidad le envía sus amenazas y esgrime su espada, ¡es el final de toda carne!, y no es que no sepa que también la gente de su edad, y aún más jóvenes, puede enfermar y morir, aunque jamás lo ha presenciado en persona, se ha sentido siempre protegido ante la muerte justo por la presencia de su madre, ahora lo acomete el terror de que su próximo deceso en las horas venideras lo dejará sin esa piel de cebolla que constituía la protección imaginaria que su madre le proporcionaba. Él piensa que alguien que ha perdido a sus padres se encuentra inerme ante la muerte y, por un instante, siente urgentes deseos de hablar con su vecino para preguntarle si sus padres viven, atisba con disimulo el rostro proporcionado y amarillento, los ojos que se abren súbitamente con una mirada joven, casi traviesa, como si todo hubiera sido solo

una impostura y en unos segundos se incorporará de la camilla y se alejará de allí del brazo de su esbelta esposa.

¿Se trata realmente de su esposa? Sus gestos conservan la frescura inicial, carecen del hartazgo acumulado en años de vida en pareja, del dolor de los muebles a los que nadie se dignará cambiar de sitio y, por otra parte, por ser ellos de su misma edad, el hecho le resulta de difícil interpretación pues está convencido de que un nuevo amor en la mitad de la vida supone, en general, el que haya diferencias de edad como, por ejemplo, las que existen entre él y la joven pasante que ahora mismo lo espera en la oficina, aquella a la que con un mudo suspiro imagina, para volver a secarse el sudor de la frente. Anati, así se presentó, usando en el primer encuentro su apodo y a él se le escapó Abni, a pesar de que nadie, excepto su madre y su hermana, lo llama de ese modo y a partir de ese momento, sin impedimentos, florece en los bellos labios de la muchacha el nombre de su infancia, Abni, ha llegado el cliente, Abni, te buscan de la fiscalía, todo con total inocencia, sin intenciones demostrables de seducir, lo cual despierta en él una intensa y triste pasión, carga sacos de pasión sobre su espalda como una agotadora cruz y ella ni siquiera lo nota.

Es extraño, en otros tiempos la pasión podía poner alas a sus músculos, pero ahora vuelca plomo en sus venas, coágulos que navegan por su cuerpo y amenazan con matarlo. Es a ella, a Anati, a quien desea, a su cuerpo rollizo que en ella es fuente de cierta angustia, a su cabellera prolijamente recogida, a sus bellos ojos; qué previsible, el abogado y la pasante y aun así jamás le había sucedido algo como esto.

Al otro lado de la cortina oye un diálogo quedo, una risa agradable, casi despreocupada, ve cómo la mano macilenta del vecino se acerca a los cabellos oscuros de la mujer, los acaricia con lentitud y al volverse hacia el hombre revela su noble perfil, la mira mientras ella recuesta su cabeza sobre el pecho del hombre y con sus dedos recorre su brazo, hasta parece que han llegado a este sitio por error, a esta casa de dolor y males, que en realidad tendrían que disfrutar de la comodidad de algún agradable jardín y del vino blanco en sus copas, o haciendo las maletas para un viaje de placer, siente de pronto que debe avisarlos con urgencia, alertarlos y evacuarlos de ese lugar antes de que sea tarde, habéis caído en una cabaña maldita, la bruja preparará con vosotros un caldo, o que debe argumentar a favor de ellos ante el tribunal que dictaminará la suerte de sus cuerpos,

sin embargo, cuando el médico se acerca a ellos, él lo escucha a escondidas y comprende que ha llegado tarde, que hace ya tres días que esos labios no se acercan a comida alguna, que los dolores en el vientre han empeorado, cae en un terror sagrado al entender que allí, junto a él, a su lado, una vida está finalizando rápidamente y siente de pronto por ese hombre una fuerte y conmovedora intimidad, ese hombre ama y es amado en ese mismo instante mientras se consume como la hoja de un periódico arrojado a la hoguera para avivar el fuego, de una manera en que él, Abner Horowitz, no amó ni fue jamás amado. Aun así ese hombre no se salvará.

Siente el impulso de decir llevadme a mí en lugar de a él, ese hombre, ese cuerpo encierra en su interior un amor vivo y su próxima muerte, como la muerte de una mujer embarazada, sería el colmo de la maldad, está dispuesto a arrojarse sobre ese cuerpo debilitado para protegerlo del ataque del destino, pero al momento su pena por aquella pareja se diluye en el gran pesar que siente por sí mismo y por sus hijos, en especial por el benjamín, que no lo recordará en absoluto e incluso por Shlomith, le parece ver que Shlomith le dirige una mirada insistente, ¿por qué te das tan fácilmente por vencido, por qué no luchas? Él se pregunta si las sentencias de vida y las de muerte van por carriles por completo distintos, quizá a quien conoció en vida el amor le está permitido partir en paz, en tanto que quien no lo disfrutó debe permanecer en este mundo hasta completar su lección, quizá ese es el motivo por el cual esta pareja vecina se comporta de un modo tan calmo, como si no existiera contradicción alguna entre el amor y la muerte, como si ambos se aceptaran uno al otro, pero quién consolará a esa mujer que ya no es joven y que irradia su belleza a través de la cortina, qué sucederá con el amor con que es amada, cuál es el destino de los amores vivos cuando fallecen los amantes, cree que si rezara y pidiera con todas sus fuerzas quizá migre ese amor cercenado hacia él, del mismo modo en que se traspasó hacia él la carne sobrante de su madre. Ella está inmóvil frente a él, con esa arrogancia de quien ha llegado a una edad en la que tiene ya suficiente derecho a ser una carga y, aunque todos los seres vivos se esfuerzan en permanecer vivos, a él le cuesta un poco sacrificar su propio cuerpo y descubre que sí está dispuesto a sacrificar el cuerpo de su madre, a arrojarlo a la hoguera ardiente tras la cortina para agregarle a ese hombre que aún sonrío de modo tan sutil algunos años de vida y de amor, casi como pidiendo disculpas mientras las llamas se alzan alrededor.

No te preocupes, pronto te sentirás mejor, oye cómo la mujer le dice al hombre y él asiente agradecido, como si a él se refiriese en su optimista promesa, pronto te sentirás mejor, no te preocupes, pero cómo no preocuparse si no encuentra una salida, años ya que viene debatiéndose ante las mismas preguntas, qué estoy haciendo con esta mujer, qué estoy haciendo en este trabajo, qué estoy haciendo en este país. Hasta hacía poco creía que si cumplía con su parte todo se solucionaría, pero últimamente le parece que se han trastocado ciertas leyes, algo que a pesar de no haber sido comprobado al menos era inteligible: un paso en falso te llevará al desastre, un paso en la correcta dirección puede salvarte, siente de manera cada vez más palpable que las fuerzas que operan bajo la superficie son más poderosas que la lógica que en algún momento las guiaba, que si existió una oportunidad fue desaprovechada, aunque quizá nunca la hubo.

Estoy atrapado, quiere decirle a la mujer de blusa de satén rojo, caí en una trampa de joven y ya no pude liberarme. A los veintitrés ya estaba casado con mi primera novia y hasta el día de hoy no logro comprender cómo sucedió. A lo largo de muchos años el trabajo constituyó mi refugio, pero vengo perdiendo las fuerzas, la esperanza, aunque al parecer el hombre que está a su lado aún las conserva, pues con su agradable y suave voz le dice a su esposa lo sé, y por un instante pareciera que ese saber suyo, de ambos, podría llegar a derrotar al de los médicos, las investigaciones, las estadísticas, sé que no hay motivo para preocuparse, sé que en cualquier momento me sentiré mejor.

Brilla en su mano un fino anillo de casados, idéntico al anillo de la mujer, ambos anillos refulgen en sus manos como si apenas ayer los hubiesen estrenado, también sus ojos brillan. ¿Acaso es la proximidad de la muerte la que hace que el amor reviva o se trata de una pareja reciente, cercenada en el comienzo de su historia? A pesar de que ya no son jóvenes, el amor que sienten parece serlo, Abner trata de imaginar cómo fue, quizá vivieron durante años en soledad hasta el momento en que de un modo milagroso se conocieron, o quizá no, este breve amor es el fruto del desmembramiento de dos familias y ahora se deshace ante su presencia. Recuerda que se sintió atraído por el teatro y si no hubiera sido porque aceptó el dictamen de su padre, que soñaba con que su hijo estudiara Derecho, quizá hubiese probado suerte en las tablas. Ahora se consuela pensando que esa pareja no es sino la de dos personajes vacíos que aguardan la biografía que él compondrá para ambos, de pronto la

mujer gira su cabeza para secarse una lágrima con el dedo anular y en ese trance su mirada se cruza con la de Abner. Parece que no se había percatado antes de su presencia a pesar de que él se pudo a correr lenta y persistentemente la cortina, deseoso de anular por completo toda separación entre él y ellos, pues no ha sido el interés por Abner lo que hizo que ella volviera su rostro hacia atrás, sino el impulso de ocultar su llanto súbito, contenido y aun así visible, alza su hombro para secar con la tela de la corta manga sus lágrimas y cuando comprueba que es imposible baja la cabeza, estira hacia sus ojos el faldón de la camisa de modo que queda al descubierto su liso vientre y sobre la tela se expande velozmente una mancha formada por la humedad de las lágrimas y el maquillaje negro de sus ojos, Abner extrae de su bolsillo el pañuelo de papel apenas usado que absorbió esa mañana su extraño llanto, allí en la cama de su madre mientras ella yacía sobre el piso junto a la ventana, un pañuelo de papel que sacó de una caja que estaba sobre la mesa de los medicamentos en el cuarto de su madre, la estúpida mesa de lujo que tanto apreciaba su hermana, con una mano desesperanzada se lo alcanza a la mujer frente a él, que intenta sonreírle en agradecimiento pero sus labios tiemblan y después de secar metódicamente sus lágrimas, casi desgarrando la débil piel de sus ojeras, se guarda el pañuelo en un bolsillo del pantalón de color claro y se vuelve hacia la camilla del enfermo, se pone nuevamente de espaldas a Abner, quien la observa asombrado pensando en las lágrimas de la mujer y en las suyas propias que se han fundido en aquel pañuelo de papel, en el dolor profundo y preciso de ella que se mezcla con su propio, absurdo dolor.

Si fuera yo el moribundo y mi esposa la que estuviera sentada aquí a mi lado, se pregunta, ¿también en ese caso el final que se avecina despertaría en nosotros tanta ternura? No, por lo visto, pues él casi puede sentir en su propia carne la potencia de la ira que inundaría los pasillos del hospital como un fortísimo torrente, la ira que sentiría hacia ella por no permitirle liberarse de su presencia ni siquiera en su último día, la ira contra sí mismo por dar siempre en última instancia el brazo a torcer, incluso si imagina que, en cambio, ella fuera la que se hallara en el lecho de muerte, su enojo no menguaría, pues también su enfermedad, en el caso de que ella enfermara, o su muerte, en el caso de que ella muriera, estarían dirigidas en su contra, para opacar lo que le quede de vida con culpa, recuerdos amargos y huérfanos antes de tiempo. Sí, siempre estuvo atrapado,

desde un principio, desde joven se había sentido atraído hacia ella, no podía imaginar que aquel primer amor por esa niña de baja estatura y pelo corto, que en esencia era solo curiosidad y un urgente deseo de hallar un refugio adonde huir de su madre se transformaría en una trampa en la que agonizaría de por vida, incapaz de escapar o de habituarse, hubo momentos en los que casi logró quitar de allí su cuerpo, pero siempre quedaba algún dolorido miembro atrapado en el cepo y aunque no fuera más que la uña del meñique, el dolor resultaba insoportable y la liberación imposible.

El dormitar profundo y aparentemente eterno de su madre a la sombra de las rítmicas gotas que fluyen desde la bolsa de suero hacia sus venas, el sonido de los aparatos de control y los teléfonos sonando entre las toses y los susurros, los suspiros y las quejas, todo eso le infunde una calma relajada, como si todos aquellos artilugios estuvieran allí para protegerlo, se echa hacia atrás y se tapa los ojos con el brazo, aparentemente ha caído en un sopor pues cuando despierta a los pocos minutos la cortina está del todo corrida y la camilla vecina vacía. Ese hombre delgado y macilento de encantadora sonrisa y su bella y gallarda esposa ya no están allí, resulta que fueron sus vecinos solo por una hora breve y, a pesar de que ella lleva sus lágrimas en el bolsillo, él no tiene la menor noción de quién sea o adónde han ido.

¿Murió, acaso, en ese momento? Expiró su postrer suspiro y de inmediato se llevaron el cuerpo, quizá fue internado en alguna sala, quizá el amor logró vencer a la enfermedad y él se levantó sorprendentemente de la camilla y juntos, cogidos del brazo, regresaron a su hogar dejándolo a él conmocionado por la prematura despedida para la cual no estaba preparado. En realidad, estaba convencido de que tenía frente a sí largas horas en compañía de aquellos dos, como suele suceder en las guardias de los hospitales, horas durante las cuales podría averiguar sus nombres, sus profesiones, la historia de ese amor, ahora lo embarga una sensación de pérdida profunda, hasta tal punto que comienza a golpearse la frente con los puños, como solía hacer en su niñez cuando se sentía frustrado. Desaprovechaste otra oportunidad, has fallado otra vez, creías que te sobraba tiempo, que incluso aquel que tenía las horas contadas aguardaría por ti, así eres, dormitas mientras pasan las oportunidades y a pesar de no estar del todo seguro de saber en qué consistía exactamente la oportunidad que ahora lamenta, a pesar de desconocer qué pudo haber aprendido de aquella pareja, se pone en pie con una sensa-

ción de luto y se dirige a la camilla vecina, quizá haya quedado allí un rastro de conocimiento que logre ayudarlo, pero la tela sobre la camilla está limpia, nada ha quedado entre las sábanas, ahora se pasea entre los enfermos, busca a una enfermera hasta que distingue a una a lo lejos y la llama con enérgicos gestos como si su madre la requiriera urgentemente. Dígame, intenta sonreír cuando la enfermera se le acerca, aún había esperanza de que lo recordara de la televisión, ¿al paciente que estaba aquí se lo llevaron a alguna sala? Ella contesta lo lamento, nos prohíben proporcionar ese tipo de información, ¿es usted un pariente?, y él contesta no, pero le presté un libro y ahora no sé dónde puedo encontrarlo y ella susurra han regresado a su casa, allí podrá hallarlos.

Esa es una buena señal, ¿no?, intenta él, y ella le contesta con sequedad no lo sé, hay gente que prefiere morir en su propio hogar y otros que se deciden por el hospital y ya se aleja dejándolo sorprendido y atónito. ¡Prefieren morir en su propio hogar!, qué modo cruel de expresarlo, como si se tratara de una acción rutinaria, como comer o dormir. ¿Está loca? ¿Cómo puede hablar de ese modo? ¿Quién puede preferir morir, del modo que fuera? Eso es lo que desea gritarle, como si se tratara de una de sus estudiantes que se hubiera descuidado en algún trabajo, pero por supuesto la enfermera ya se ha ido, lo ha dejado junto a la camilla vacía y él, con cierta precaución, se sienta sobre ella, pasa su mano sobre la sábana del mismo modo en que la mujer acariciaba con su delgado brazo su blusa de satén y, cuando está seguro de que nadie lo observa, se recuesta, primero la espalda, luego los muslos, las rodillas y por fin los pies, con los zapatos negros con los que visita los juzgados.

Como una película que transcurriera ante sus ojos, ve con un conocimiento cristalino y cegador cómo se metieron en el coche, cómo ella, lentamente y con cuidado, lo acomodó en el asiento de atrás, cómo se sentó frente al volante para enviarle una animosa sonrisa a través del espejo retrovisor, cómo conduce con suma tranquilidad, como si transportase a un bebé de días, cómo llegaron a la casa, ella lo traslada hasta el lecho nupcial, la cama en la que se amaron por primera vez y en la que transcurrieron todos los buenos sueños que vinieron luego, él contempla los días por venir como si ya hubiera agonizado y muerto en otro pasado, en pesadas horas inciertas, sin días ni noches, como si hubieran sido arrancadas del ciclo diario, contempla el dolor de la despedida de las almas, una danza inmóvil, una canción muda y mientras Abner yace observa

a su madre recostada en la camilla contigua, observa su silla vacía, rompe nuevamente en llanto, pero no tiene ya con qué secar sus lágrimas pues su pañuelo de papel está en el bolsillo de la mujer, por lo que las lágrimas caen a ambos lados de sus ojos y la sábana las absorbe, tampoco intenta ocultarlas pues de todos modos nadie lo mira, todo el tiempo espía hacia el pasillo, quizá vuelva a verla, quizá olvidó aquí algún documento, quizá regrese para devolverle sus lágrimas, y entonces pueda atrapar entre sus labios el extremo del hilo con el que podrá seguirla en el laberinto del destino. Por un momento sigue con la mirada, sobresaltado, una parpadeante luz roja que desaparece en la distancia dejando a su paso una estela de espejismo, se incorpora nuevamente con el corazón agitado cuando una figura femenina se aproxima rápidamente a la camilla de su madre, pero no se trata de esa mujer alta y aristocrática con la camisa negra y la falda estrecha, por supuesto también negra, es su hermana Dina, dos años mayor que él, a pesar de haberla esperado durante toda aquella mañana para poder escapar de aquel sitio, ahora corre la cortina que los separa, apoya su cabeza en el colchón de la camilla y simula estar dormido, antes de que ella pueda notar su presencia.